



Libros.com

Carmen
Santamaría Alonso



ÚLTIMO VIERNES
DE OCTUBRE

Primera edición digital: diciembre 2020

Campaña de crowdfunding: equipo de Libros.com

Composición de la cubierta: Patricia Á. Casal

Imagen de cubierta: «Marie Joséphine Charlotte du Val d'Ognes» de Marie-Denise Villers

Maquetación: Irene E. Jara

Corrección: María Luisa Toribio

Revisión: Verónica Sarria

Versión digital realizada por Libros.com

© 2020 Carmen Santamaría Alonso

© 2020 Libros.com

editorial@libros.com

ISBN digital: 978-84-18261-45-9



Carmen Santamaría Alonso
Último viernes de octubre

A todas las mujeres que crearon arte, literatura y pensamiento a través de los siglos y a todas las mujeres que trabajan con tenacidad para rescatarlas del olvido.

A las mujeres que continúan luchando en el siglo XXI para que sus obras y sus méritos se reconozcan, y a los hombres que las apoyan, las alientan y las empujan.

Y, desde luego, a Darío, Daniel y Andrés.

Índice

[Portada](#)

[Créditos](#)

[Título y autor](#)

[Dedicatoria](#)

[Nota de la autora](#)

[De noche](#)

[Segundo viernes](#)

[Tercer viernes](#)

[Último martes](#)

[Último viernes](#)

[Bibliografía](#)

[Mecenas](#)

[Contraportada](#)

Nota de la autora

Entre las pintoras mencionadas en el texto y los títulos reales de sus obras, hay dos artistas ficticias creadas para sustentar la trama de la novela. En cuanto a las referencias documentales, es ficticia también la tesis del estudiante holandés que utiliza la protagonista para buscar un cuadro desaparecido, por lo que no aparece en la bibliografía de la última página.

De noche

El rostro pintado en el lienzo destella en la penumbra de la habitación. Sus rasgos son llamaradas de color que abrasan tus ojos y te conmueven el alma. No reconoces el rostro, no es con certeza el de una persona real a quien amas o desprecias, pero lo has pintado tú, con tus manos hábiles; con tus dedos que huelen a barniz y a trementina; con la energía inagotable de tus brazos, que son delgados y flexibles como juncos, pero con la potencia suficiente para impregnar de vida una tela blanca, para alumbrar en ella las figuras que crea tu imaginación fecunda o las que tu mirada extrae de los ámbitos en los que habitas.

Quizás ese rostro sea fruto de tu fantasía y por eso no lo reconoces. Quizá sea el esbozo de los rasgos primarios de una persona de carne y hueso que, poco a poco, irá cobrando presencia en el lienzo al ritmo de tus pinceles, y entonces sí lo reconocerás. Quizá sea el rostro del hombre al que amas, de la hermana que te consuela, de la amiga que te admira por tu arte, de un sobrino adorado, de una damisela de la vecindad, de una heroína, de un sabio. Quizá sea tu propio rostro el que va a surgir sobre la tela cuando hayas avanzado en la composición de las líneas, las tonalidades y los contornos.

Un sentimiento de placidez te invade cuando contemplas el lienzo que aguarda el siguiente trazo. Te sientes feliz y calmada frente a la obra iniciada.

Pero no es un sentimiento definitivo, porque nunca lo son los delirios nocturnos. De repente, una arcada de calor te sube por la garganta y nubla los rasgos del rostro esbozado en la tela. Tú no sabes pintar, clama en tus oídos una voz implacable. Tú no tienes arte en las manos, no puedes pintar un retrato, no sabes pintar.

Tiras los pinceles e intentas huir de la habitación, huir de tu impericia, del dolor agudo que atenaza tus piernas y arde en tu pecho y tus brazos.

Un gusano metálico horada los muros y serpentea alrededor de tu cuerpo, saturando el espacio de la alcoba con sus anillos infinitos, absorbiendo el aire que respiras, multiplicando tus sofocos y tus miedos. Yo no soy esa mujer, no soy la que pinta, no soy la rara, no soy la loca.

Tienes que huir, buscar una puerta, un agujero en la pared y escapar del gusano y de la angustia, tienes que regresar al mundo que tú controlas, retornar a la realidad y ser la persona que tú eres.

Yo no soy la rara, la extravagante. Yo no sé pintar.

Centras todas tus energías en escapar, pero detrás de los muros que te atrapan el mundo no existe, tu mundo se ha derrumbado y no existe ningún ser humano en el que refugiarte. Estás enredada en la nada. Atrapada sin remedio en la nada.

Una ráfaga de frío eriza tu piel empapada en sudor. Tiembla tu cuerpo de calor y de frío.

Esa no eres tú. No eres tú la que pinta. No eres tú la que está sola. No es tu mundo el que ha desaparecido.

¡Despierta! ¡Despierta! ¡Despierta!

Segundo viernes

I

En el reloj de la torre nace, sin estruendo ni campanadas, el nuevo día: segundo viernes del mes de octubre.

La luz tenue de las farolas desbarata las sombras que dibujan sobre el empedrado las copas frondosas de los madroños y las estatuas de las fuentes mitológicas que engalanan el bulevar por el que la mujer camina, sorteando los desniveles del piso, con andares que un testigo malintencionado podría achacar a un exceso de alcohol en la cena.

Una brisa cálida se mece entre las hojas de los árboles, que conservan todavía un espléndido color verdoso. El calor estival se ha prolongado este año hasta las fechas que corren y el otoño se ha convertido en un remedo de septiembre, con temperaturas que durante la jornada rozan los treinta grados, sin lluvias ni vendavales que limpien la atmósfera de los humos y los olores metálicos que segrega la ciudad.

Otra vez sola a casa, piensa la mujer, palpando con el dorso de la mano la tela de su vestido azul, el borde rizado del chal que cuelga de sus hombros, las galas inútiles para una velada que se ha torcido aun antes de empezar. Otra vez vadeando la madrugada sin un brazo en el que apoyarse, sin una voz

a la que replicar, otra vez sin compañía, piensa, mientras se acerca a la explanada en la que termina el paseo.

Se detiene frente a un semáforo y clava sus pupilas en la diosa de piedra blanca que le da fama a la plaza. ¿Querría ella, a la que las leyendas mitológicas otorgan poderes para dominar la naturaleza y rendirla a su voluntad, apiadarse de una mujer derrotada, de una mujer solitaria?

En lo alto del torreón de Correos el reloj marca los minutos que rebasan la medianoche. Pero ¿qué importa la hora o la fecha cuando se siente el corazón triturado y no hay ilusiones que lo alivien del desamparo y de la tristeza que lo carcomen?

Otra vez sola a casa, sin nadie a quien tocar, sin nadie a quien abrazar. ¿Por qué no ha venido este tío, por qué?, se pregunta Cecilia, apaciguando su pena con un ramalazo de ira. ¿Por qué no ha venido este cabrón?

Le escuecen los ojos porque ha estado dos horas y cuarto mirando, casi sin pestañear, las puertas de acceso al salón donde se celebraba la cena en honor de Eladio Pereda, el director del museo, galardonado con el reputado premio anual de la Fundación Arte Summa. Durante ciento treinta y cinco minutos ha visto desfilar a decenas de invitados, los ha visto entrar en el comedor y diseminarse entre las mesas aderezadas para el convite y sentarse en los puestos asignados por Renata. Pero ninguno era el hombre al que esperaba con impaciencia y con el sólido propósito de seducirlo a lo largo de la velada. ¿Le habrá ocurrido un percance, un accidente de tráfico, un enredo de familia?

Los comensales con los que ha compartido mantel y menú han tratado de implicarla en sus coloquios, solicitando sus opiniones con unas tácticas de cortesía que en algunos momentos rayaban en la adulación. Cecilia ha esquivado la conversación contestando con monosílabos y tópicos, hasta que ellos, incomodados por su desabrimiento, han soslayado su presencia y no han vuelto a dirigirle la palabra. Si no estuviera tan ofuscada por la frustración, tan absorta en sus conjeturas, tendría que admitir que se ha portado como una maleducada. Como una colegiala caprichosa y repelente.

¿Por qué no ha venido Costán si había confirmado su asistencia? En el documento Excel que Renata, la jefa de Relaciones Corporativas, le envió esta mañana a su buzón de intranet después de que Cecilia le consultara por

teléfono cuántos medios de comunicación habían respondido a la convocatoria, el nombre de José Pedro Costán, analista crítico de un semanario cultural con difusión en papel y en formato digital, estaba resaltado con rotulador amarillo fosforescente, como los de todos los profesionales que habían aceptado la invitación al evento.

Lo ha estado esperando durante dos horas y quince minutos como una jovencuela enamoradiza, como una necia. Renata le había reservado un asiento enfrente del director, pero Cecilia lo ha rechazado porque desde la mesa presidencial había una mala perspectiva de la puerta del comedor. Mejor sienta a un periodista porque yo a Eladio lo veo a menudo, le ha dicho a Renata para no ofenderla con su negativa.

Los camareros le han retirado los platos del menú casi intactos. Lo único que ha probado ha sido el consomé y el sorbete de mandarina del postre. El comentarista de artes plásticas de la revista *Delicias*, instalado a su izquierda, le ha reprochado su escaso apetito mientras untaba trozos de pan en la salsa de la carne. He merendado muy tarde, se ha justificado Cecilia, esbozando una sonrisa empalagosa y desviando la barbilla hacia la voluminosa barriga del impertinente.

Después de los dulces y el café, cuando los invitados comenzaban a levantarse de sus sillas y a congregarse en corrillos en torno a las autoridades ministeriales y locales que han acudido al homenaje, Cecilia ha decidido evadirse. Al ponerse de pie ha notado en las sienas una pesadez que ha achacado a las cantidades de alcohol ingerido. Porque no ha comido apenas, pero sí que ha bebido. Ha vaciado varias copas de vino blanco y tinto, no con la intención de emborracharse ni de inyectarse una alegría artificial, sino para acortar, con el gesto mecánico de llevarse el cristal a los labios, el espacio de tiempo que la separaba del instante, improbable a medida que avanzaba la velada, en que José Pedro Costán aparecería, por fin, en el umbral del salón.

Procurando mantener un equilibrio cabal, ha agarrado su bolso, ha recogido del suelo su chal de seda, se lo ha echado con torpeza sobre los hombros y se ha dirigido a la mesa presidencial. Eladio Pereda le ha pedido que se sentara con él y con los dos periodistas con los que departía sobre el

futuro del museo. Pero Cecilia ha farfullado una excusa y se ha despedido de los tres con cierto atropello.

De sus compañeros de mantel no se ha despedido. Ni de otros conocidos que pululaban por el comedor con sus ostentosos trajes de fiesta y sus ínfulas de ejecutivos arrogantes en fase de promoción.

Nadie ha reclamado su atención cuando, taconeando con rencor, ha atravesado el salón, ni cuando ha cruzado el vestíbulo donde un conserje, de impecable uniforme gris, la ha despedido con un saludo protocolario y un amago de reverencia.

En el exterior del hotel la noche era tibia y perfumada. El aroma de los arbustos y del césped recién regado se propagaba por la plazoleta como una nube benévola. Los operarios municipales trajinaban entre los parterres, contrastando sus chalecos fluorescentes con los trajes oscuros de los escoltas y los chóferes que aguardaban, apostados en la acera, la salida de sus patronos.

Un vientecillo liviano ha agitado las puntas de su cabello y ha mitigado la sensación de asfixia que empezaba a extenderse por su piel.

Se ha acercado al bordillo y ha buscado con los ojos el piloto verde de un taxi libre. Pero no ha visto ninguno. Solo el reflejo ambarino de las luminarias públicas vertiéndose sobre el asfalto, y el resplandor de los rótulos de las fachadas del otro lado de la rotonda. Ha echado a andar, entonces, por el paseo del Prado en dirección hacia la plaza de Cibeles, suponiendo que en la confluencia con Alcalá circularían vehículos disponibles.

Se ha cruzado con un grupo de muchachos cargados con botellas de cerveza, que han llenado la atmósfera de interjecciones y frases inconexas. Pero Cecilia ni los ha mirado ni los ha oído. Tampoco ha escuchado la grosería que le ha lanzado un viandante encorvado, ni el escándalo de una ambulancia que transitaba a velocidad exagerada por un carril lateral.

Por la calle de Alcalá no bajan taxis vacantes, así que, aunque los zapatos de tacón alto, que ha estrenado hoy para la cena, le oprimen los dedos y le molestan en los talones, cruza la vía y se encamina por el bulevar de Recoletos hacia la plaza de Colón. El aire templado de la noche ha disuelto ya las telarañas que el alcohol había tejido en su cabeza, por lo que, sobreponiéndose al decaimiento y al cansancio de la jornada, se plantea continuar andando hacia su casa.

En realidad, ¿qué sabe de él, del hombre con el que esta noche había concertado una cita de la que él no estaba avisado? Nada. No sabe nada de él. José Pedro Costán es un hombre guapo, cortés y locuaz, pero no sabe nada de su vida privada, de sus aficiones, de sus creencias, de sus aspiraciones profesionales. Nada de lo que define con mayor precisión el carácter y la personalidad de un individuo.

Hace tres semanas, la víspera de la inauguración de una muestra de escultura castellana de los ochenta que ella había organizado, Eladio Pereda le pidió que atendiera a Costán, quien había solicitado una visita adelantada porque al día siguiente estaría ausente de Madrid. Cecilia, que lo había saludado en otros eventos del museo, pero que nunca había hablado con él más allá de cinco minutos, lo acompañó por las siete salas en las que se exhibían las piezas, glosando las cualidades estilísticas de cada uno de los artífices. Sus opiniones respecto a las obras no siempre coincidían, pero la discusión fue cordial y las controversias mesuradas.

A los tres días Cecilia recibió una caja de bombones con un pomposo lazo rojo y una tarjeta en la que Costán le agradecía, con letras esbeltas, su generosa colaboración. Cecilia se sintió halagada por el obsequio, que ella interpretó, obviando la cursilería del lazo, como un síntoma del talante romántico del remitente. Durante las horas sucesivas intentó evocar hasta el menor detalle de su encuentro con Costán, y logró convencerse de que la simpatía que él le inspiraba era el germen de un gran amor. El inicio de una pasión visceral que se desarrollaría en un futuro feliz.

No ha vuelto a verle en los veinte días que han transcurrido desde la entrevista. Podía haberle telefonado a la redacción del semanario o al número de móvil que figuraba en la tarjeta recibida, pero todos los pretextos que se le ocurrían para justificar la llamada le resultaban absurdos. Más que infundir en Costán el interés por citarse con ella para conversar y, tal vez, para intimar, le habrían inducido, sin duda, a conceptuarla de boba, de frívola o de indiscreta. Por eso Cecilia cifraba sus expectativas en la cena de esta noche. El homenaje al director del museo sería la ocasión idónea para encontrarse con el hombre sin haber efectuado de antemano ningún acto que denotara sus sentimientos ni menoscabara su dignidad o su prestigio profesional.

¡Qué tonta ha sido! Se ha portado como una majadera, ha desairado a su jefe, a sus compañeros, a los comensales de su mesa. ¡Menudo berrinche por un desconocido!

Costán fue muy gentil con ella, es cierto, pero no más de lo que suelen ser otros profesionales de su oficio en situaciones similares. Los críticos y los periodistas acuden con frecuencia a Cecilia para comentar una exposición o dialogar sobre un autor en boga. Ella les da opiniones y datos que ellos usan en sus artículos, unas veces como declaraciones de una experta, otras como reflexiones o agudezas propias. Cecilia acepta el juego porque es publicidad para el museo. Así pues, ¿por qué la afectó tanto la entrevista con José Pedro Costán? Su cordialidad era su herramienta de trabajo. Y la caja de bombones, una inversión para garantizarse la complicidad de Cecilia cuando de nuevo solicite información anticipada sobre la actividad del museo.

Un bocinazo interrumpe las disquisiciones mentales de Cecilia. En la vía lateral de Recoletos se ha detenido un automóvil del que descienden varios muchachos berreando y fingiendo que se pelean entre ellos. Forman un corro y bailan alrededor del vehículo, entonando una canción infantil y dando alaridos para enardecerse. Los vehículos que transitan por la calzada tienen que hacer una maniobra para no arrollar a los chicos, cuya danza no cesa a pesar de los insultos de los conductores y del riesgo de caer bajo sus ruedas.

Cecilia sigue andando por el paseo, pensando en el hombre que suscita en ella un amor que, si fuera sincera consigo misma, tendría que calificar de inconsistente, insustancial y grotesco. Sus deseos de pasar la noche con el crítico no se deben a una atracción sentimental auténtica, sino a su obsesivo afán de no estar sola. Ella lo sabe, pero, aun así, continúa añorando a Costán y atormentándose por su ausencia inesperada.

¿Y si el tipo fuera un sádico, o un degenerado, o un terrorista...? No, no, eso es dramatizar, eso es desbarrar. Lo más verosímil es que Costán no sea ni un héroe ni un tarambana, que sea un hombre vulgar, con sus defectos y sus virtudes, con sus complejos y sus sandeces... Un tipo anodino, uno cualquiera entre los de su especie.

Los pies comienzan a dolerle a causa de las rozaduras de los zapatos. Cecilia se sienta en uno de los bancos del bulevar y se los saca, mascullando

una maldición. Cuando está masajeándose los dedos de los pies se percata de que, tumbado en el césped que ornamenta el paseo, hay un bulto que se mueve levemente. Debe ser un mendigo que duerme al raso, piensa, sobresaltándose. No se distinguen los rasgos del hombre, pero Cecilia cree percibir a distancia las dos chispas blancas de sus ojos suspicaces.

No teme que el vagabundo se incorpore y trate de sobarla o de robarle el monedero, pero se siente un personaje estrambótico, un elemento discordante en un escenario que ahora, de noche, le pertenece en exclusiva a quien de día no desempeña otra función que la de un paria o un desarraigado.

Se levanta del banco y, sin ponerse los zapatos, echa a andar hincando los talones en el pavimento duro, sabiendo que las medias se le romperán antes de llegar a casa.

Te inventas amores que no existen, te enamoras de fantasmas que te inventas, murmura en voz baja, bordeando a una pandilla de fumadores que se agolpan junto a las vidrieras del Café Gijón sin reparar en ella ni apartarse para facilitarle el paso por la acera. Lo que te hace falta... lo que te hace falta es echar un buen polvo, cariño, un polvo de los que hacen historia. ¿Cuándo fue el último?

Fue con Ricardo, un galerista del barrio de Salamanca con el que estuvo saliendo los meses de primavera. Pero no fue la última noche que se acostaron, porque aquello no fue un polvo, sino un tremendo fracaso, recuerda Cecilia con desaliento. El gatillazo fue malo, pero lo peor fue que, cuando le suplicaba una tercera oportunidad, Ricardo mencionó a su esposa, con la que estaba en trámites de divorcio. Con ella nunca he fallado, dijo el hombre, compungido. Cecilia lo echó de la cama y le obligó a marcharse de su casa con los pantalones desabrochados y la camisa en la mano.

¡Si no ligaras con botarates! Tipejos que se jactan de modernos, de detractores del matrimonio tradicional, y luego no paran de nombrarte a la parienta legal o a la novia sempiterna mientras están en tu cama.

La risa se mezcla con una dosis de indignación y una saliva ácida le impregna la boca. Desde que se divorciara de Alfredo ha mantenido relaciones amorosas con algunos hombres, pero con ninguno de ellos ha aguantado más de dos o tres semanas, pues en todos ha ido descubriendo los

mismos prejuicios y resquemores, la misma indolencia, la misma ineptitud para compartir emociones y proyectos que arruinaron la convivencia con su marido.

Con ellos, con sus amantes ocasionales, no ha conseguido Cecilia colmar los anhelos de romanticismo que no sucumbieron a sus doce años de matrimonio con Alfredo. Con esos amantes no ha experimentado pasiones desmedidas, ni ha vivido peripecias fabulosas. Ni siquiera en la cama dejaban de comportarse como guerreros heridos aun antes de lanzarse a la batalla.

¿Será que todos los hombres padecen hoy día el síndrome del descalabro existencial? ¿O será que solo los que lo padecen se fijan en una mujer como ella, como Cecilia?

En la cafetería de la esquina, Faustino, acodado sobre el mostrador, charla con uno de sus últimos parroquianos. Desde la calle se escucha el sonsonete embaucador de una máquina tragaperras y el fragor de las monedas que se precipitan en el cajetín de los premios. Cecilia siente la tentación de entrar a tomar un descafeinado o una tónica antes de subirse a casa y perder un rato conversando con Faustino, un hombretón lenguaraz y simpático que siempre secunda sus propuestas en las reuniones de la comunidad de vecinos. Pero los zapatos, que se ha puesto al cruzar la glorieta de Alonso Martínez, le están destrozando los pies, que se le llenarán de ampollas si no se descalza pronto.

Acelera el paso e introduce la mano en el bolso para buscar las llaves al tacto. A unos metros del portal, enfrente del escaparate de la papelería, hay una persona, ataviada con una gabardina roja, que vomita sobre el alcorque de una acacia. Supone Cecilia que es uno de esos cientos de chavales que acuden al barrio las noches de los jueves y pasan la madrugada bebiendo en las aceras, recostados en los coches aparcados o en los cubos que acaban de vaciar los empleados de la empresa que recoge las basuras. Este ha pillado temprano la cogorza, piensa Cecilia mientras encaja la llave en la cerradura. El mecanismo debe estar desengrasado porque le cuesta girar la llave y mover el pestillo.

Entonces oye su nombre formulado como un grito desgarrado.

—¡¡¡Cecilia!!!

Sujetando la puerta entreabierta, mira hacia la calle y ve a una mujer de cabellos muy cortos, con una gabardina roja, que corre hacia el portal, chillando su nombre.

—¡Cecilia, espera! ¡Cecilia! ¡Espérame!

Cecilia pulsa el interruptor de la luz y reconoce a la mujer cuando esta llega hasta ella.

—¡Virginia! ¿Qué haces tú aquí? —pregunta desde la puerta, sin entrar todavía en el portal.

Virginia jadea ruidosamente, como si hubiera realizado un esfuerzo físico extenuante. No hay rastros de la vomitona en su vestimenta, pero su piel cerúlea, sus facciones congestionadas y las manchas grisáceas que le cuelgan bajo los párpados desconciertan a Cecilia. Recordaba a Virginia como una chica bonita, pero lo que tiene delante es un verdadero espantajo.

—Quiero hablar contigo. Quiero decirte... una cosa... una cosa horrible.

—¿Qué cosa? ¿Cómo de horrible?

—Estoy... estoy muy mal... Me ha echado... ¡Es horrible!

—¿Quién te ha echado? ¿Quién?

—Pablo... Pablo me ha echado del apartamento. ¡Me ha echado! —gime la muchacha.

—¿Por qué? ¿Habéis regañado? —la interroga Cecilia, resistiéndose a admitir la culpabilidad de su sobrino—. ¿Os habéis peleado?

—No... Sí... No hemos regañado. Por favor, ¿podrías darme un café? Estoy fatal. La tripa... Me duele la tripa...

—¿Un café? ¿Yo?

Cecilia titubea un instante. Virginia es la novia de Pablito, pero eso no significa que la estime ya como a un miembro de su parentela ni, aún menos, que le apetezca prepararle un café a horas tan intempestivas. Pablito la trajo a casa de Cecilia un domingo caluroso de julio, a media tarde, y anunció con gesto exultante que la chica se iba a trasladar de inmediato a su minúsculo apartamento de alquiler. Cecilia felicitó a la pareja sabiendo que su sobrino apreciaría su beneplácito aunque este no le fuera imprescindible para consolidar su noviazgo.

Al cabo de una semana, Pablo telefoneó a Cecilia para comunicarle que, en cuanto Virginia se acomodara en su apartamento y guardara sus ropas en

los armarios, la invitarían a una opípara cena para celebrar los tres juntos el acontecimiento.

—Me duele mucho la tripa, te lo juro —reitera, quejumbrosa, la chica.

—Sube —concede Cecilia, sin disimular su contrariedad. Poco ha durado la estabilidad de la pareja, piensa, entrando en el portal con Virginia pegada a su espalda.

La chica la sigue hasta el ascensor renqueando y tropezándose sus pies con obstáculos inexistentes. Cecilia la observa de reojo cuando se meten en la cabina. Debajo de la gabardina lleva una camisa de rayitas anaranjadas y unos pantalones holgados, en cuyos bolsillos esconde las manos. Mantiene la cabeza agachada, eludiendo enfrentarse a su mirada inquisitiva.

—¿Qué has bebido? —pregunta Cecilia.

—¿Quién, yo? Nada... Cerveza, sí. Una cerveza.

—Mejor te caerá una manzanilla que un café.

—Sí, una manzanilla. Lo que tú digas.

El ascensor se detiene en la quinta planta. Cecilia sale y aguarda en el rellano hasta que Virginia se apea.

—¡Cómo te lo agradezco! Es un ardor... Tengo carbón en la barriga.

—Ya, ya —murmura Cecilia con reticencia.

Lo hago por Pablito, se dice para mitigar el fastidio que la situación le provoca. Virginia está en un apuro, eso es evidente; pero ha venido a lamentarse al sitio equivocado, con la persona equivocada. Cecilia no está de humor para consolar a jovencitas decepcionadas o afligidas. Bastante la abruma sus propios desengaños como para tolerar que le endose los suyos una mocosa que dispone de toda una vida para arreglar los estropicios cometidos durante su atolondrada juventud.

—Siéntate, que voy a hervir el agua para la manzanilla.

Cecilia enciende los focos del techo del salón y le indica a Virginia el sofá con un ademán forzado de afabilidad. La chica obedece, sin sacar las manos de los bolsillos del pantalón ni despojarse de la gabardina.

—¿Te pongo azúcar?

—Sí. Dos terrones. O tres —responde Virginia, estirando el cuello y examinando con delectación los enseres de la rodean—. ¡Qué de cosas

maravillosas!

—Nada que no vieras la tarde en que estuviste aquí con Pablo —refuta Cecilia, intentando averiguar con la vista qué es lo que deslumbra a la chica.

La habitación está decorada sin boato, a base de elementos que han ido agregándose al conjunto sin planificación previa. A un lado están la mesa de comedor, las seis sillas y el aparador de estilo rústico que compró con Alfredo cuando se instalaron en este piso. Al otro lado hay un sofá tapizado con loneta rosada, dos butacas a juego, un taburete turco y una mesita cuadrada de metacrilato, adquiridos por Cecilia después de que su marido se marchara. Junto al sofá hay una lámpara de pie, un cesto de mimbre repleto de periódicos viejos y dos maceteros de terracota con sendos ramos de flores desecadas. En un rincón, cerca de la puerta que da al pasillo, hay una pequeña consola con un teléfono inalámbrico enhiesto sobre su peana, una agenda gruesa, un bolígrafo y una libreta para anotaciones.

Pero el interés de Virginia no son los muebles ni las butacas, sino los estantes del mural que cubre la pared frente a la que está colocado el sofá.

—¡Cuántos libros! ¡Cuántos adornos! —exclama, paseando los ojos por las baldas donde se acumulan docenas de libros, la mayoría catálogos de exposiciones y ensayos sobre pintura, discos de música y de películas, fotografías en marcos dispares, jarras y jarrones de cerámica (uno de ellos lleno de abanicos cuyos ribetes y guardas rebosan los bordes a manera de insólitas flores de tela y madera), revistas culturales y una colección heterogénea de objetos inútiles que Cecilia no ha tirado a la basura por pereza o por nostalgia. Como la cigarrera que le regaló a Alfredo en el primer aniversario de su boda, y que él no quiso llevarse cuando se separaron porque hacía cuatro meses que había dejado de fumar. O la feísima muñeca de porcelana que le trajo Yolanda de un mercadillo londinense para festejar su licenciatura. O las cintas de vídeo que ya no puede visionar porque hace tiempo que el reproductor se averió y no ha encontrado ningún taller donde lo reparasen.

—Muchos trastos superfluos —rezonga Cecilia, amoscada por tanta admiración—. Mucha bagatela.

—La tele es nueva, ¿a que sí?

—No, es de hace dos años. ¿Por qué?

—Y el aparato de música también es nuevo, ¿no? Tan brillante, tan limpio...

—Bueno, bueno... Voy a por la manzanilla —añade con tosquedad, antes de que Virginia siga interrogándola sobre la decoración de la estancia.

Cuando retorna con la taza de la infusión, apenas unos minutos después, Virginia está tumbada sobre los almohadones del sofá, con las piernas contraídas y los brazos plegados sobre el vientre. A sus pies yace, arrugada como una piel caduca, la gabardina roja que la abrigaba. Cecilia se aproxima a la chica y pronuncia su nombre con ímpetu. Pero Virginia no se inmuta.

—¡La hemos jodido con la niña! —exclama Cecilia, irritada—. ¡Dormida como una marmota! ¡Ni que esto fuera una pensión...!

Deposita la bandeja sobre la mesita de metacrilato y contempla a Virginia con el ceño fruncido, sin saber cómo actuar. Debería espabilarla, obligarla a beberse la manzanilla y mandarla a la calle. Pero si Pablito la ha echado de su casa, ¿a dónde va a ir esta pavisosa, con la cogorza que lleva encima?

Virginia tendrá que quedarse esta noche acostada en su sofá, se resigna Cecilia, sosegándose. Mañana la despertará temprano y, antes de desayunar y de asearse, le pedirá con sutileza que se largue.

Del armario del pasillo trae una manta de viaje para arropar a la chica que, al notar el tacto de la lana, se estremece y emite un gemido placentero. ¡Qué mal aspecto tiene la pobre!, piensa Cecilia, compadeciéndose al fin de su huésped. ¿Por qué la habrá expulsado Pablito del apartamento a estas horas? No concibe que el muchacho sea capaz de tamaña crueldad.

Pablo es su sobrino predilecto. Lo quiere como a un hijo. O, más bien, como a un hermano pequeño. Durante los tres años que ha vivido con ella, ocupando una habitación contigua a la suya, se ha fraguado entre ellos una relación entrañable. ¡Cómo lo añora Cecilia! Sobre todo por las tardes, cuando regresa a casa y no hay luz en su cuarto ni suena la radio en la cocina, donde él se metía a inventar platos extravagantes al ritmo de la música de un transistor cuando no tenía ejercicios ni exámenes que preparar. Algunas noches salían a tomar unas crepes o unas tapas y a ver una película en un cine de Fuencarral. O paseaban por las calles del barrio hasta que uno de los dos señalaba la esfera de su reloj y decidían que era el momento de retirarse a descansar.

Pablo le confiaba a Cecilia sus enamoramientos y ella le refería los detalles de sus veladas con hombres que la invitaban a cenar en restaurantes exóticos o a tomar una copa en los locales de moda. Le insinuaba, incluso, usando expresiones sibilinas, si había ligado con el individuo y hasta dónde creía que llegaría su aventura con él.

En los cinco años que han transcurrido desde que Pablo se mudara a una vivienda propia, Cecilia se ha sentido tan sola como jamás había estado antes. Más sola, desde luego, que cuando se rompió su matrimonio con Alfredo.

La soledad era entonces un engorro que ella aplacaba dedicando más tiempo y más energías a su trabajo, y saliendo con frecuencia de casa para divertirse con sus amigos. Todavía era joven y confiaba en disfrutar de su recobrada soltería en tanto encontraba a un hombre al que amar, un hombre distinto a Alfredo con el que, quizás, podría compartir su vida en un futuro no muy remoto. Pero han transcurrido trece años y Cecilia no ha encontrado al hombre que mereciera su amor definitivo.

La soledad es ahora, desde que Pablito se marchara de su casa, una especie de parásito que la hostiga y la desvela, que la carcome por dentro.

Algunas madrugadas se despierta de repente con la angustia generada por una pesadilla que se repite con insistencia. Se levanta de la cama, huyendo de las sábanas en las que se alojan los sueños macabros, respira hondo y se va hasta el salón, descalza y sin abrigarse. Se asoma a la ventana y, con el pulso acelerado y estrujando los visillos entre los dedos, mira hacia el exterior. Un minuto, dos minutos, diez. Hasta que vislumbra una figura humana que camina por una acera vacía. Esa visión fugaz, casi etérea, calma los miedos exacerbados por la pesadilla: no es ella el único habitante del planeta, no está tan sola, tan terriblemente sola como ha soñado también esta noche. Hay otra gente en el mundo. Detrás de los cristales de los balcones, inmersas en las tinieblas de los edificios aletargados, aprisionadas entre las moles de hierro y ladrillos de la ciudad, hay otras gentes que son como ella. Otras gentes que padecen como ella. Otras gentes que, acaso, están tan asustadas como ella.

También está sola Virginia, reflexiona Cecilia observando a la chica que duerme la borrachera en su sofá sin que ella le haya dado permiso. ¡Lástima de criatura, que no tiene dónde dormir esta noche! Le gustaría despertarla,

no para mandarla a la calle, sino para charlar con ella y consolarla por el daño que su sobrino le ha causado.

Pero mejor es que se reponga y mañana, delante de un desayuno nutritivo, hablará con ella sin apremios. Como una buena amiga.

Apaga la luz y abandona la sala de puntillas. Más tarde, mientras se desmaquilla frente al espejo del cuarto de baño, borrando de su piel las capas de cosméticos que no le han servido para enamorar al galán que esperaba, Cecilia siente en el paladar el sabor agrio de la frustración.

¿Por qué no ha venido José Pedro Costán a la cena? ¿Por qué no ha acudido a la cita que tenía con ella? Había confirmado su asistencia a Renata, pero algo le ha impedido venir. ¿Estará enfermo? ¿Habría sufrido un accidente? ¿Una catástrofe familiar?

Se desviste en su habitación, se pone un camisón y una bata sin mangas y sale al pasillo para cerciorarse de que Virginia duerme tranquila. Por lo menos no ha vomitado en la casa, piensa desde el umbral del salón, atisbando el bulto quieto de la chica tendida en el sofá.

Vuelve a su alcoba, entorna la puerta y se acuesta. De la mesilla coge las gafas y el libro de Ribeyro que su sobrino le regaló por su cumpleaños. Cuando está abriéndolo por la página marcada, siente un agobio en el pecho y un espasmo de calor que le sube desde las piernas hasta la coronilla. Es como si la sangre, sin motivo que lo justifique, empezara a cocerse dentro de las venas sin dejar, empero, de circular por todo el cuerpo.

Se quita la sábana de encima de un manotazo y busca en un cajón el abanico que guarda para aliviar los sofocos nocturnos. Después de airearse unos minutos, se seca el sudor de las sienes y de la nuca con un pañuelo de celulosa. Cuando su piel recupera la temperatura que corresponde al ambiente del dormitorio, retoma la lectura.

Con dos meses de anticipación, don Fernando Pasamano había preparado los pormenores de este magno suceso. En primer término, su residencia hubo de sufrir una transformación general...

¿Cómo se habría desarrollado la escena del reencuentro con Costán si él hubiera acudido al banquete?, se pregunta, pasando la página del libro sin enterarse del argumento de los últimos renglones que ha leído. ¿Habría sido él quien se acercara a Cecilia para saludarla o habría tenido que tomar la

iniciativa ella? ¿Se habrían sentado juntos, habrían congeniado, habrían coqueteado? ¿Se habría atrevido Cecilia a declararle su incipiente amor?

Eso sería lo lógico: en los tiempos que corren, lo lógico sería que una mujer le dijera a un hombre que quiere enrollarse con él, sin argucias ni vergüenzas, y que a él no se le saltaran los plomos. Óyeme, José, o José Pedro, tú me gustas, quiero liarme contigo, ensaya Cecilia encarándose con el fantasma que la persigue desde que conoce a Costán. Liarne no, que suena a vocabulario de chavales y ya tenemos canas. Teñidas pero canas. Óyeme, José Pedro, tú me gustas y no me importaría tener un asunto contigo... Bufff, es difícil hallar las palabras adecuadas para dar el primer paso. Hay que quitarse de la cabeza los prejuicios, las normas que nos inculcaron en el colegio cuando éramos crías. ¡Qué chorrada eso de que los hombres tienen que dar el primer paso! Estamos en el siglo XXI, el tiempo del correo electrónico, de la universalidad de las relaciones, de las noticias instantáneas, de las mujeres que pueden, saben y deben hacer todo y de todo.

Las jóvenes son menos pudorosas que nosotras, medita Cecilia pasando otra hoja del libro sin haberla leído. Ellas se han educado en un sistema que fomenta la equivalencia intelectual y social de hombres y mujeres. Todas quizá no, pero sí una mayoría. Nosotras, las que crecimos en un país sometido al ideario del nacionalcatolicismo, escuchando en casa y en el colegio que nuestra misión en la vida era servir a nuestro esposo y parir a sus hijos, nos hemos quedado rezagadas. Hemos avanzado bastante, no somos como nuestras madres o nuestras abuelas, que no podían siquiera abrir una cuenta corriente en un banco si su marido no firmaba una autorización. Nosotras hemos luchado contra los estereotipos y las discriminaciones, hemos luchado a brazo partido y hemos conquistado derechos, hemos entrado en el mercado de trabajo, en reductos sociales y profesionales a los que no tenían acceso nuestras antecesoras. Nos hemos adueñado, incluso, de algunos oficios, porque somos valiosas y tenemos unas capacidades que a veces superan a las de los hombres. Pero en ciertos temas nos hemos quedado atrasadas. En asuntos de amores y sexo nos seguimos manteniendo en segundo plano. Seguimos siendo agentes secundarios, sujetos pasivos. Seguimos esperando a que ellos nos elijan y nos inviten a estar con ellos. Seguimos formulando críticas despiadadas contra las mujeres que no quieren

ser recatadas, que no simulan pudor frente a los hombres, que se acuestan con quien quieren, cuando quieren y como quieren. Seguimos siendo unas pacatas.

Y los hombres, ¿se han actualizado los hombres? ¿Aceptan a las mujeres que los miran como iguales, a las que les demuestran su interés sexual?

Hay que averiguarlo, decide Cecilia. El lunes llamará a Costán desde su despacho y le pedirá una entrevista para hablar con él. ¿Qué sucederá si él se da cuenta de que no es una llamada relacionada con el trabajo, si ella le sugiere con delicadeza que quiere liarse con él? ¿Colgará el teléfono sin contestar? ¿Le dará un infarto?

Poco a poco, entre suposiciones y desvaríos, el sueño la rinde y la sumerge en un caótico paisaje de nubes que se escinden y se distorsionan, formando espirales de colores pastosos que la aturden.

Se despierta a las cuatro y cinco. Se ha dormido con las gafas puestas, la lamparita de cabecera encendida y el libro de Ribeyro derrumbado sobre su pecho. Lo cierra y lo coloca en la mesilla, encima de una biografía de Juan Gris que ha estado repasando esta semana para elaborar un artículo sobre el cubismo español para un catálogo de una pinacoteca holandesa. Se quita las gafas, apaga la luz y se hunde entre las sábanas, temiendo haber perdido el sueño.

En la oscuridad percibe el rumor monótono de los aparatos que no descansan: el ruido del motor del frigorífico, el ronquido de los coches que transitan por la calle, el estrépito de una moto sin tubo de escape, el mecanismo del ascensor en el que sube o baja alguien que trasnocha o que ha madrugado. Del salón le llega un sonido ligero, como de telas que se ahuecan y se frotan entre sí: Virginia habrá rebullido entre los pliegues de la manta que la cobija.

Y es entonces, al recordar a la muchacha que duerme a escasos metros de su habitación, cuando su cuerpo se distiende y el sueño se propaga, como una nube transparente que irradia serenidad, a lo largo de sus miembros.

El timbre del despertador trunca la placidez de Cecilia cuando deambulaba por los espacios oníricos, liberada de la pesadumbre con la que se acostó. Un

hilo de claridad matinal se cuele por las rendijas de la persiana, anunciando una jornada que será tan cálida como las anteriores.

Cecilia se tira de la cama, se calza las zapatillas y bosteza sin cohibirse. Con la bata sin abrochar, se dirige con parsimonia a la cocina y conecta el transistor, del que surge una voz que canturrea las noticias de la mañana con una euforia impropia de la hora. Mete en el microondas un tazón con leche desnatada y café soluble y, mientras se calienta, pasa al cuarto de baño a orinar y a lavarse la cara. El agua fresca sobre sus ojos y sus mejillas le produce un escalofrío, que neutraliza friccionándose la piel durante casi un minuto con la toalla.

El café está hirviendo cuando lo saca del microondas. Lo endulza con azúcar moreno y busca en la despensa unas galletas o una madalena para saciar el hambre. Anoche cenó muy poco y bebió en exceso, por lo que ahora nota el estómago apelmazado y chispazos de dolor en la cabeza. Encuentra en una balda un envase de pan tostado, con un par de rebanadas rotas, y en la nevera un tarro con un residuo de mermelada.

Masticando tan frugal bocado piensa en Virginia, que todavía duerme en el sofá, y se da cuenta de que no tiene más que leche para que ella desayune. Luego me dirá Pablito que soy una rácana, vaticina con sorna, rememorando la época en que su sobrino vivía con ella y siempre había comestibles abundantes en la nevera, golosinas en la despensa, bolsas de patatas fritas y de frutos secos, tabletas de chocolate para que Pablito picotease cuando se hartaba de estudiar.

Concluye el desayuno con una aspirina y, antes de ducharse y de maquillarse, se asoma al salón para despertar a Virginia y avisarla de que dentro de media hora ha de marcharse al museo. Pero la chica no está en la habitación: se ha esfumado como una alucinación nocturna. Se ha bebido la infusión de manzanilla y ha dejado doblada la manta de viaje sobre el respaldo del sofá. ¿A dónde habrá ido esta tan temprano?, se pregunta Cecilia mientras rastrea la estancia por si Virginia hubiera olvidado una prenda de su atuendo, un pendiente, una pulsera.

Cecilia ignora casi todo de Virginia. Pablito le dijo que estaba desempleada, pero no sabe ni cuál es su oficio ni cuáles sus habilidades; no

sabe si tiene familia directa, si pertenece a una religión, a un partido político o a una secta. Ni siquiera sabe su edad.

Después de asearse y aplicarse crema hidratante y regeneradora de células epidérmicas desde la frente hasta los pies, Cecilia elige ropa cómoda para vestirse, pues presume que la jornada de hoy será intensa: una camisa clara de algodón, unos pantalones negros de viscosa y unos mocasines planos, porque todavía le duelen los dedos de los pies por culpa de los malditos zapatos que estrenó anoche.

Si consigue escaparse del museo un rato esta tarde, irá a ver a Pablito a la biblioteca para que le aclare su situación con Virginia y las razones por las que la ha expulsado de su casa. Tengo que enterarme de quién es realmente esta chica, se propone Cecilia, ciñéndose el cinturón de los pantalones delante del espejo de su armario.

La probabilidad de ver a su sobrino en breves horas la alienta y le insufla valor para enfrentarse a la mujer que la espía desde la superficie de azogue. Estás hecha un adefesio, guapa. Muchos ungüentos mágicos, mucho potingue contra las arrugas y la flacidez, pero a ti se te está poniendo cara de lechuga rancia. Y no me digas que es el estrés, ni el ajetreo, ni la resaca. Es que te estás haciendo vieja y estás aburrida. Es la desidia la que te pone tan fea. Y así, ¿con quién vas a ligar tú, amiga mía?

El teléfono suena en el salón. Cecilia suspende su soliloquio y consulta el reloj de su muñeca. Son las ocho menos veinte, demasiado pronto para llamar a un domicilio particular. Aunque quizá sea Pablito, que se ha reconciliado ya con Virginia y quiere agradecerle que anoche la acogiera bajo su techo. Recorre el pasillo a zancadas y agarra el auricular sin mirar el número que aparece en el visor. O quizá sea Yolanda, para quejarse de que ha dormido mal o de que ha reñido con Antón. O Alfredo. ¡No! ¡Ojalá que no sea Alfredo!

—Diga... Diga... ¿Quién es?

Nadie responde desde el otro extremo de la línea.

—¡Diga! ¡Diga algo quien sea, cuernos! —insiste Cecilia, enojada—. ¿Me oye? ¿Quién es?

Se quita el teléfono de la oreja y lo contempla con ojos coléricos. ¿Habrá sido uno de esos operarios que te incordian a deshora para venderte un

colchón de agua o un robot supersónico para cocinar sin manchar los pucheros?

Pulsa el botón de llamadas recibidas para comprobar el número de la última, pero lo que encuentra en el visor es la palabra *desconocido*.

La mañana de octubre es radiante, descubre Cecilia cuando, unos minutos después, sale del portal a la calle. El viento de la amanecida ha limpiado la atmósfera de gases nocivos y la tonalidad del cielo es tan azul como el de las postales que se venden a los turistas en los quioscos de la capital. Sobre los aleros de los tejados rutila la corona de un sol otoñal, que es para ella un bálsamo que sana su espíritu, un antídoto infalible contra la sensación de desamparo y de aislamiento que malogra su reposo por las noches, contra la desazón y las ganas de mandar el mundo a la mierda con la que se levanta y se acuesta tantos días de su calendario.

II

Rosario de Velasco, pintora paisajista y miniaturista, residente en Barcelona y discípula de Fernando Álvarez de Sotomayor, teclea Cecilia en el documento que ha titulado *Fichas biográficas*. Rosario nació en Madrid en 1910 (o 1912, según apunta la tesis de Vicent Ibiza). Cuando le otorgaron la segunda medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes por su cuadro *Aidán y Eva*, la pintora tenía solo veintidós años. La crítica la consideró la gran revelación del evento, pero sus obras posteriores, presentadas en otros certámenes nacionales durante los años treinta y cuarenta, no obtuvieron tan fervientes elogios como aquella primera. Rosario vivía con su marido en Barcelona y, al estallar la Guerra Civil, se pasó a través de Francia a la zona controlada por los militares sublevados. Se asentó en Burgos y siguió pintando bajo los auspicios del régimen franquista. Pero de sus cuadros de madurez han quedado pocas noticias.

Los ojos de Cecilia se despegan de la pantalla para posarse en las cuatro fotos, impresas en tamaño folio, que ha extendido sobre el batiburrillo de papeles que cubren el tablero de su mesa. Ahí están los gitanos a la hora de la siesta, la mujer que cose en un patio de muros azulados, la madre que abraza con gesto arrobado a su hijo. Y también están Adán y Eva, dos personajes de